

225.2
0651e
V.14 E.1

CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DEL ROSARIO
CON LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

DUMONT - DANROC
MARIE-ANCILLA - BARRÉ



ORDEN DE PREDICADORES
PROVINCIA DE SANTIAGO DE MÉXICO

Fr. Daniel Antonín MONTIER, Fr. Gilles DANROC,
Soeur MARIE-ANCILLA, Fr. Dominique BARRÉ

*Contemplar los Misterios del Rosario
con la Orden de Santo Domingo*

LEGADO DOMINICANO 14

Presentación: Fr. Carlos Amado Luarda, O. P.

Revisión y corrección de texto: Fr. Joel López Medina, O.P.

Cuidado Editorial: Miguel Ferro Herrera

Diseño de forro: Juan Pablo Rangel Arenas.

D.R. © ORDEN DE PREDICADORES

PROVINCIA DE SANTIAGO DE MÉXICO

LEGADO DOMINICANO, 2009

Editio ad usum Familiae Dominicanae

Matamoros 201 Norte, Centro.
C.P. 20000, Aguascalientes, Ags.
legadominicano@gmail.com

Impreso en México/Printed in Mexico



**PROVINCIA DE SANTIAGO DE MÉXICO
ORDEN DE PREDICADORES**

Queridos hermanos y hermanas:

Hace casi ochocientos años que la Orden de Predicadores, siguiendo el impulso de santo Domingo de Guzmán ha llevado a miles de hombres y mujeres en todo el mundo a compartir una misión común: la predicación del Evangelio. Son, pues, ocho siglos de una rica tradición que ha dado lugar a muchas y variadas formas de encarnación del carisma originario de santo Domingo que, hoy por hoy, sigue vigente y cautivante en medio de nuestra realidad actual.


Muchos de estos hermanos y hermanas nuestros dejaron el testimonio de la vivencia de su fe en un sinnúmero de textos que hoy constituyen uno de los grandes tesoros que han brotado de la más genuina espiritualidad cristiana; tesoro que lejos de ser un arcón cerrado, sigue enriqueciéndose, día con día con los aportes de los dominicos y dominicas de hoy.

La colección LEGADO DOMINICANO quiere ser una expresión de esta maravillosa tradición, reuniendo textos de ayer y de hoy, de las más diversas regiones y ramas de la Orden. Su finalidad —en el marco de la preparación a la celebración del VIII Centenario de la Aprobación de la Orden— es poner a disposición de todos nuestros frailes, monjas, hermanas, laicos, formandos y formandas, esta rica tradición que no dejará de estimular la opción de vida de cada uno.

En lo que a mí toca, y en mi calidad de prior provincial de nuestra Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, autorizo la publicación de la Colección LEGADO DOMINICANO, con la esperanza de que rinda mucho fruto entre nosotros.

A los 6 días del mes de junio del año del Señor 2008, primero del novenario de preparación al jubileo del VIII Centenario de la aprobación de nuestra Orden de Predicadores.




Fray Gonzalo Ituarte Verduzco, O. P.
Prior Provincial
Provincia de Santiago de México

PRESENTACIÓN

Desde hace siglos la Iglesia encomendó a la Orden de Predicadores la difusión de una de las más venerables y queridas formas de oración que la Iglesia tiene, el Rosario, y desde entonces éste se convirtió en uno de los más preciados tesoros de nuestro LEGADO DOMINICANO.

El texto que presentamos hoy, es la contemplación de varios hermanos nuestros, — frailes y una monja—. Sus reflexiones son una invitación a interiorizar la riqueza que encierra esta forma de oración que durante siglos ha sido prenda de grandes gracias para muchos hermanos y hermanas en el mundo.

Fray Marcel Dumont, de la Provincia de Canadá, nos regala una preciosa reflexión sobre el Rosario como espacio de contemplación. A esta reflexión se siguen tres esquemas de meditación sobre los misterios del Rosario, fruto de la contemplación de nuestros hermanos sor Marie-Ancilla, monja contemplativa del monasterio de Lourdes, fray Gilles Danroc y fray Dominique Barré, ambos de la provincia de Toulouse.

No es necesaria más presentación, pues el texto por sí mismo es suficiente para ello. No es un texto simplemente para leer. Es un texto para meditarlo... un texto para adentrarnos en la oración.

¡Buen provecho!

Fr. Carlos Amado Luarca, O. P.

EL ROSARIO,
UN ESPACIO POCO CONOCIDO DE CONTEMPLACIÓN

MEDITACIÓN DE FR. MARCEL DUMONT, O. P.

Hace algún tiempo, me pidieron colaborar en una publicación con una reflexión sobre el Rosario. Como este tema me toca particularmente el corazón, especialmente como dominico, me fue una gran alegría proponer en algunas líneas una reflexión, una meditación sobre el espacio de vitalidad mística que procura esta plegaria contemplativa.

Sin embargo, una tristeza, que puedo calificar de Iglesia, también ha invadido mi corazón, aquella de constatar ahora con más de claridad el desconocimiento de este soplo espiritual, de esta respiración del pueblo de Dios. Con mucha frecuencia, la búsqueda de trascendente de los cristianos se vuelve hacia las formas de meditación oriental: de caminos espirituales a menudo laboriosos y pesados con graves consecuencias para el alma sedienta del verdadero Dios.

Quise redactar estas líneas en comunión con Juan Pablo II. “Quiera Dios que mi llamada no quede en letra muerta”, nos dijo al concluir su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* promulgando el año del Rosario de octubre de 2002

a octubre de 2003. Es pues en intimidad con este papa contemplativo y con sus predecesores, particularmente con León XIII y Paulo VI, que deseo que la carta sobre el santo Rosario quede inscrita en la historia de la Iglesia, haga brotar el amor por Aquella, que en el plan de salvación, fue elegida por Dios para ser la Madre del Pueblo santo. El Rosario es “al principio del tercer milenio, una plegaria de una gran significación, destinada a dar frutos de santidad”.¹

LA CONTEMPLACIÓN, ESPACIO DE LIBERTAD

La santidad, es el espacio de la libertad —en el sentido pleno del término—, que el hombre está siempre buscando; encontrar su plena capacidad de vida, de vida divina; ser capaz de amar hasta el don de sí mismo, es la cumbre de la apertura del ser humano. Herido por el pecado, este espacio original es mal entendido. El hombre busca desde tiempo inmemorial el aliento interior que necesita para vivificar todo su ser. En su caminar la Iglesia nos ha dado testimonios portadores de una misión específica, la de decir a sus hermanos que existe una vitalidad espiritual, un verdadero don del Espíritu, susceptible de comunicarnos “el espacio de ser” perdido.

Los primeros autores místicos, desde los primeros siglos de la Iglesia, nos han comunicado su experiencia contemplativa.

¹ JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, n. 1.

Ellos descubrieron la actividad de la gracia en sus vidas. Más cercana a nosotros, la escuela carmelitana del siglo XVI, con santa Teresa de Ávila († 1582) y san Juan de la Cruz († 1591), doctores de la Iglesia, ha dejado una legado de gran riqueza sobre el camino de contemplación que conduce a la santidad. Existe una verdadera pedagogía del Espíritu en la conquista del alma por recuperar su libertad originaria. Poco a poco, día tras día, se comunica al alma que camina en la fe y en la oración un verdadero aliento que le da a gustar a Dios. Ésta lo ve y lo siente en el interior como una evidencia. Dios viene al encuentro del hombre de fe por un camino privilegiado por el que Él mismo lo ha llevado.

En un artículo sobre la *lectio divina*, sor Marie-Ancilla, O. P., nos propone unas hermosas líneas sobre la contemplación:

La contemplación es parte de la vida cristiana; es un conocimiento experimental de las cosas divinas. No es una serie de conceptos, no recurre al razonamiento. Se apoya sobre la intuición que da una percepción global; procedente del corazón, es afectiva; gusta de la Palabra de Dios a la que profundiza, reposando largamente sobre el mismo objeto; está acompañada generalmente de una luz y de una paz que llenan el alma.²

² Soeur MARIE-ANCILLA, o. p., « La *lectio divina* et le Rosaire », *La Revue du Rosaire*, octobre 2007.

La contemplación es pues del corazón, es sabor, luz y paz. Se trata de la mística cristiana. Es ejercicio de la persona que encuentra, en su corazón, en su centro, a la Santísima Trinidad, que en ella habita; saborea su presencia por el conocimiento le es donado y que lo eleva a un gran amor del Ser que ha contemplado. Sobre todo, se impregna del fruto de la Paz, verdadero toque divino que visita al alma. ¿Por qué, pues, buscar en otra parte lo que nos es dado por gracia?

En su libro *Las moradas del castillo interior*, santa Teresa de Ávila explica la obra del Espíritu que, en la cuarta morada, viene toma al alma y la eleva, “pues empezamos a entrar en las cosas sobrenaturales”.³ Después de meses y aun de años de esfuerzo, el hombre de oración comprende que el camino de la santidad no es resultado del esfuerzo personal —como es el caso de la mística oriental y también de las pseudo-místicas cristianas teñidas de orientalismo— sino que es obra del Espíritu Santo don de Dios para la vida en plenitud. La Madre Teresa habla entre obras de “la oración de quietud” donde el alma comienza a gustar las delicias de la contemplación:

Esto que llamo los placeres de Dios, y he nombrado en otra parte oración de quietud, como comprenderán aquellos

³ SANTA TERESA DE ÁVILA, *Las Moradas*, Morada cuarta.

de entre vosotros que la hayan gustado, por la misericordia de Dios.⁴

Es Él, el Espíritu quien viene ha hacer la obra de la santidad, de vida contemplativa en el alma orante, pero es necesario que haya siempre una predisposición del corazón para recibir esta gracia. El único mérito que se puede atribuir al alma, es el de haberlo recibido con deseo ardiente.

EL ROSARIO, DON DEL ESPÍRITU

En cuanto al Rosario, “se sitúa en la mejor y la más pura tradición de la contemplación cristiana”⁵. Es en sí mismo un don del Espíritu en el curso de la historia: aunque su desarrollo se realice sobre todo a partir del segundo milenio, tiene su fuente en la Palabra de Dios. En los orígenes de la Iglesia, los primeros cristianos oraban con las palabras del *Padre nuestro* y con las palabras de la Anunciación y de la Visitación que forman la primera parte del *Ave María*. Si estudiamos su composición, aparece evidente que la formación del rosario es un verdadero don del Espíritu Santo y de María en el caminar del Pueblo de Dios. Es la fe de los fieles, el *sensus fidei*, el que construye la estructura que nosotros conocemos

⁴ *Ibidem*.

⁵ JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, n. 5.

actualmente. Es el fruto de la contemplación cristiana; se ha formado progresivamente por la sabiduría del “gustar a Dios” que la ha dejado a través de generaciones de creyentes.

Sin embargo, una fuerte tradición cristiana desde el advenimiento de los Frailes Predicadores, ha proclamado que santo Domingo es el fundador de la oración del Rosario. Los estudios desde mediados del siglo XX hasta nuestros días, muestran claramente que esto no es posible. En la época de santo Domingo, muerto en 1221, solamente se recitaba la primera parte del *Ave María*, del que encontramos sus primeros vestigios en el siglo VI gracias al célebre himno *Acatbiste*, venido del Oriente cristiano, que está compuesto por veinticuatro estrofas de aclamaciones que repiten en ciento cincuenta ocasiones la salutación evangélica: *Alégrate...*⁶ La segunda parte, considerada como *la imploración del pueblo cristiano*: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...”, no aparece hasta el siglo XVI. Es justo decir que santo Domingo recibió un verdadero carisma mariano para la Iglesia y que lo heredó a sus hijos. Conocemos de nuestro padre santo Domingo su ferviente amor filial por la Virgen María, y la elección de que realizó inspirado por la Providencia divina del lugar para la fundación de las monjas: Santa María de Prouilhe, en el Sur de Francia; un lugar que ya era conocido desde aquella época como un lugar

⁶ Albert ÉNARD, *Le Rosaire*, Cerf, 1987, p. 21.

de peregrinación mariana. Cuando se pregunta acerca de la plegaria del Rosario, la Madre de Dios está siempre en plena relación con el Espíritu Santo.

Serán, pues, las siguientes generaciones de los Frailes Predicadores quienes siguiendo el carisma de su padre fundador acabarán de estructurar la oración del Rosario tal y como la conocemos actualmente. Alain de la Roche (1428-1478) será el gran arquitecto. Inspirado por los monasterios cartujanos del Rhin, por medio de una profunda contemplación proseguirá la gestación del Rosario bajo la inspiración del cartujo Henri de Kalcar, iniciador del *Salterio de María* (asociar un *Padre nuestro* a una decena de *Ave María*), y Domingo de Prusia, iniciador de la fórmula de las cláusulas (añadir una meditación a continuación del nombre de Jesús). El impulso de este dominico de mediados del siglo xv fue organizar en tres cincuentenas las meditaciones sobre la vida de nuestro Señor y de su santa Madre. Éste será el nacimiento de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos que poseemos hoy. No restará al papa san Pío V, dominico también, sino consagrar oficialmente el Rosario el 17 de septiembre de 1569 por medio de su bula *Consueverunt*.⁷ Resumiendo, este pequeño curso histórico nos recuerda que la oración del Rosario no es el fruto arbitrario de un individuo o un pequeño grupo, sino el fruto de un aliento contemplativo dado a la Iglesia y que

⁷ *Ibid.*, p. 36

procede de sus entrañas. Ha nacido de su interior, de una concepción que manifiesta el toque del dedo de Dios, por medio de su Espíritu.

EL ROSARIO, PODER CONTEMPLATIVO

Desde entonces, el Rosario aparece como un medio privilegiado para entrar y permanecer en el ámbito, en el espacio de la vida contemplativa, la que conduce a la santidad. ¡Cuántos espirituales y místicos de los últimos siglos han dado testimonio de su apego a la oración del rosario, y de la manera en que esta oración, totalmente meditativa, los ha preparado a la gracia de una gran profundidad en su vida interior! Pero, ¿por qué es tan poderoso el Rosario tan lleno de energía espiritual sobre la vida contemplativa, y también, de unión mística con Dios por el conocimiento y el amor? Hemos dicho, ciertamente, que es un don del Espíritu, una inspiración de la fe cristiana a lo largo de la historia, y que forma una tradición viviente, procurando un verdadero aliento de vida. Sabemos también, por la exhortación apostólica *Marialis cultus* de Paulo VI, que el Rosario es esencialmente una plegaria evangélica y cristológica⁸ que no compite con la liturgia de la Iglesia; al contrario, es una prolongación de ésta.⁹

⁸ PAULO VI, *Marialis cultus*, n. 46.

⁹ *Ibid.*, n. 48.

Meditar sobre los misterios de la vida de Cristo y su madre, es especialmente centrar nuestro corazón sobre el Hijo de Dios, sobre su encarnación redentora. No tendríamos suficientes elementos para responder a nuestra pregunta: ¿la vida del Espíritu que nos centra en Cristo hace de nosotros unos contemplativos! Podríamos detenernos en esta dinámica y la vida contemplativa continuaría: amorosamente centrada sobre la encarnación del Hijo de Dios, el Salvador.

Sin embargo, como subraya el papa Paulo VI, “la repetición del Ave María constituye la trama sobre la cual se desenvuelve la contemplación de los misterios”.¹⁰ Hay ahí, a mi parecer, una intuición fundamental: todo es como si hubiera un vigor puramente sobrenatural para sostener y transportar la oración del Rosario y disponer a la más pura contemplación a quien la hace. Es como si una virginidad de gracia otorgara al orante “el espacio de virginidad originaria”, a la cual su alma está llamada en nombre de su naturaleza de hijo de Dios. Es un espacio de contemplación completamente singular, que predispone al alma a la vida divina y a las más sublimes elevaciones espirituales.

¹⁰ *Ibid.*, n. 46.

LA MATERNIDAD, ESPACIO DE CONTEMPLACIÓN

¿Cómo no relacionar esta trama del *Ave María* que estructura todo lo armónico del Rosario, con la obra de la maternidad de la Virgen María, en quien reposa el conjunto del plan de Salvación? Las ciento cincuenta *Ave* del Rosario sostienen incuestionablemente el espíritu del Rosario. Es forzoso comprender que en cada *Ave* recitada nosotros nos centramos tres veces en el misterio de la maternidad de María sobre el Verbo hecho carne: 1) *Alégrate, llena de gracia...*: María ha recibido en su carne la Gracia no creada; 2) *Y bendito el fruto de tu vientre...*: Ella que ha acogido en sus entrañas al Santo de Dios, el Mesías salvador; 3) *Santa María, Madre de Dios...*: Ella que da a luz al Hijo de Dios. La estructura literal del *Ave* está así unida a la acción teológica en su sentido más fuerte: nada nos distrae, pues la simple proclamación de un *Ave María* es la proclamación del misterio de la Encarnación-Redención.

En resumen, del conjunto de la meditación del Rosario recorriendo el plan de Salvación por sus misterios gozosos, dolorosos, gloriosos y, ahora, luminosos, nos encontramos con la Persona del Verbo hecho carne siempre en la estrecha unión con aquella que es su Madre. Y eso, lo encontramos en los datos de la fe, a saber que es de voluntad divina haber asociado el misterio de la Mujer al plano de la Salvación. Es por esto que podemos decir que la trama de fondo que forman las *Ave* del rosario, es de la misma fibra espiritual

que el don de la Inmaculada para la humanidad. Recordemos siempre que la oración del Rosario o de una parte del Rosario es un don del Espíritu.

Es más, no podríamos decir que el resultado contemplativo y místico del Rosario no pudiera estar asociado, por gracia, a un carisma de intercesión maternal de la Madre de Dios que prosigue en el tiempo su ministerio único, salvífico, su ministerio de “Mujer” en el sentido pleno de la Escritura.

Esta maternidad de María en la economía de la gracia —nos recuerda el Vaticano II—, perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna.¹¹

“Mujer, ahí tienes a tu hijo. Dijo después al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la llevó consigo” (Jn 19, 26-27). La inmaculada Madre de Dios no ha recibido al pie de la cruz otra la misión que convertirse en la Madre de la Iglesia y así de proseguir en plena comunión de gracia la maternidad de los hijos de Dios.

¹¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, n. 62.

Y aquí María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues, « *con materno amor coopera a la generación y educación* » de los hijos e hijas de la madre Iglesia. La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su « cooperación ». [...] Es una maternidad en el orden de la gracia, porque implora el don del Espíritu Santo.¹²

EL ROSARIO, CONTEMPLACIÓN “POR”,
“CON” Y “EN” EL ESPACIO VIRGINAL

En su obra titulada *Espacio infinito de libertad*, en el capítulo “El Espíritu Santo y María “Théotokos”, Olivier Clément, teólogo mariano ortodoxo, intenta hacernos penetrar en la relación más que íntima que existe en la obra de la maternidad de María y la actividad del Espíritu en la Iglesia y en el plan de Salvación. Una obra del Padre que tiene una finalidad, devolver a sus hijos el espacio de vida original en que los había creado.

Este artículo intenta introducir al lector en el conocimiento de un espacio místico desconocido y a menudo abandonado, el del Rosario. Es verdaderamente un don de Dios, como hemos podido ver, pero también es un don factual que puede

¹² JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n. 44.

abandonarse al paso del tiempo y las transformaciones. La gracia del Rosario forma parte de la obra de la maternidad querida por el Padre para la salvación de sus hijos. La esencia misma de la plegaria del Rosario reposa en la actividad maternal de la redención: un espacio infinito de libertad.

La maternidad de gracia es el espacio virginal del Espíritu donado de nueva cuenta a la humanidad “para”, “con” y “en” María, a fin de que cada uno de sus hijos vuelva a la “quietud del ser” perdida a causa del pecado. Oración de quietud, diría santa Teresa de Ávila. El Rosario en cuanto espacio místico, nos brinda la oportunidad simple y pura de recuperar la quietud en los brazos de nuestro Padre descansando en la ternura del seno de nuestra Madre. Regresión psico-afectiva, dirán algunos, sin embargo, es todo lo contrario. “En verdad les digo, quien no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar de nuevo en el vientre de su madre y nacer?” (Jn 3, 3-4). Lejos de retroceder en su libertad interior, el contemplativo que alcanza este espacio, da muestra cierta de madurez humana y espiritual.

Cuando rezamos el Rosario con fe, entramos en el espacio virginal de la Inmaculada en que reposa el “Verbo hecho carne”. ¡Cómo no apreciar a Dios en una comunión también directa con la Luz divina! “Que mi llamada no sea letra muerta”, nos dijo Juan Pablo II. Que la plegaria que tanto amó, que Ella a quien tanto amó, y que lo ha elevado a

tan alto grado de santidad, otorgue el conocimiento, el gusto
de tan sublime oración.

MEDITACIÓN DE LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

MEDITACIONES DE FR. GILLES DANROC, O. P.

EL ROSARIO Y NUESTRA MISIÓN

Los Dominicos han sido enviados a predicar una Buena Nueva a todas las naciones. Responden al llamado de Cristo resucitado. Este es un envío a la misión de todos los bautizados. Si a lo largo de la historia los misioneros fueron como un personal especializado dentro de la Iglesia, el Vaticano II nos ha recordado que todos somos misioneros.

Con María, pidamos al Dueño de la mies que nos envíe a todos en misión, cada uno en su propio lugar, en todas partes. Pero sabiendo que por la oración, podemos realizar una misión de evangelización mundial desde ahora.

MISTERIOS GOZOSOS

La Anunciación

"Nada es imposible para Dios. Entonces dijo María: ¡He aquí la esclava del Señor!" (Lc 1, 37-38).

María, por su sí, abre la verdadera misión que salva a toda la humanidad donde cada uno de nosotros está invitado a seguir a Cristo.

Señor, te damos gracias, pues has enviado a tu Hijo amado, no para condenar al mundo sino para salvarlo por Él. Con María, concédenos decir que sí a nuestra misión de salvación.

La Visitación

"Todas las generaciones me llamarán bienaventurada" (Lc 1, 48).

El Magnificat brota como un inmenso estallido de alegría que pueden cantar sobre la tierra entera todas las generaciones. La alegría acompaña a todos aquellos que anuncian la buena nueva de la liberación a los pequeños y a los pobres. La alegría nace del reencuentro y del servicio, como María en casa de Isabel.

Señor, envíanos al encuentro de los que se encuentran lejos y los que se encuentran cerca. Así nosotros seremos testigos de la alegría de la salvación.

El Nacimiento de Nuestro Señor en Belén

"Les traigo una buena nueva para todos los pueblos: ¡Les ha nacido un Salvador!" (Lc 2, 10-11)

¡Por fin se nos anuncia una buena noticia! De los ángeles a los pastores, de nosotros mismos a los demás, de ello

hacia nosotros. ¡Hemos entrado en el círculo de la alegría! El Salvador del mundo es uno entre nosotros, ¡ha nacido de María! ¡El es nuestro hermano! La palabra de Dios, el Verbo ha venido a hablar de hombre a hombre.

Señor, te damos gracias porque tu Hijo, tu Palabra, tú Verbo se ha hecho carne. ¡Concédenos anunciar al mundo su nacimiento!

La Presentación en el Templo

"¡Luz para anunciar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel!"
(Lc 2, 32).

El anciano Simeón que ha esperado activamente en su oración continúa, poder ver al Salvador, proclama que Jesús, el recién nacido, es el Mesías de Israel, pero también es el Salvador de todas las naciones. Sabemos también que la misión de la Iglesia es salir al encuentro de todas las naciones.

Señor, concédenos contemplar al Salvador de toda la humanidad en el niño Jesús, nacido de María.

Jesús encontrado en el Templo entre los doctores

"¿No sabían que tengo que estar en las cosas de mi Padre?" (Lc 2, 49).

Jesús está, desde el principio en las cosas de su Padre para enseñarnos que nosotros también debemos estarlo por

la meditación de la Palabra de Dios y por la oración en el templo de nuestro corazón.

Señor, con María, haznos encontrar en la plegaria y en la meditación nuestro lugar para anunciar el Evangelio con toda nuestra vida.

MISTERIOS LUMINOSOS

El Bautismo de Jesús

"Entonces se abrieron los cielos y el Espíritu Santo descendió sobre Jesús" (Lc 3, 22).

El Espíritu Santo desciende sobre Jesús para impulsarlo a vivir su vida pública de predicación. El mismo Espíritu Santo nos acompaña paso a paso cuando nosotros cumplimos nuestra misión siguiendo a Cristo.

Especialmente cuando nosotros predicamos el Evangelio y tendemos lazos de caridad entre nosotros.

Señor, concédenos tu Espíritu que nos acompañe cada día en nuestra misión de evangelización.

Las Bodas de Caná

"Jesús manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él" (Lc 2, 11).

En el corazón de las fiestas de los hombres, en la sencillez y la proximidad de una presencia amistosa, Jesús se manifiesta como Dios hecho hombre. Recordemos el canto de los primeros teólogos de la Iglesia: "Dios se ha hecho hombre para que el hombre se convierta en Dios, es decir, para que viva con Dios en su Reino". ¡He aquí lo que anunciamos hoy y para toda la vida!

Señor, con María haz que manifestemos en nuestras vidas que Cristo esta vivo y actuante entre nosotros.

El anuncio del Reino

"El Espíritu del Señor está sobre mí... para liberar a los oprimidos"
(Lc 4, 18).

Jesús, revestido con la fuerza del Espíritu anuncia el Reino de Dios; un Reino concreto que pasa por la curación de los enfermos y la liberación de los oprimidos: ¡los cojos y los ciegos de corazón, de cuerpo y de espíritu! Reino que el Cristo ha inaugurado sobre la cruz y culminará al final de los tiempos.

¡Venga tu Reino, Señor! ¡Concedéndonos anhelar tu Reino!

La Transfiguración

"Este es mi Hijo muy amado, ¡escúchenlo!" (Lc 9, 35)

Sobre el monte santo, Jesús manifiesta a los Apóstoles que Él es la luz que viene al mundo para iluminar a la humanidad.

Nosotros somos hijos de la luz, llevemos esta luz sin la cual el mundo se pierde en las tinieblas de la noche.

Señor, gracias a María podemos escuchar tu Palabra en Jesús de Nazaret. Es por eso que hoy te damos gracias.

La Institución de la Eucaristía

"Hagan esto en memoria mía" (Lc 22, 19).

Jesús nos entrega su cuerpo, el mismo que María le ha dado, para alimentar nuestra fe. Nos convertimos en portadores del Cristo allí donde vivimos, allí donde damos testimonio. Por la Eucaristía, Cristo nos da la fuerza para ser sus testigos.

Señor, contempla nuestra debilidad y danos tu fuerza.

MISTERIOS DOLOROSOS

La Agonía en el Huerto

"Después de haber orado, Jesús volvió con sus discípulos y los encontró dormidos. Y les dijo: Levántense y oren para no caer en la tentación" (Lc 22, 46)

Jesús en el monte de los Olivos nos da la clave: la tentación es dormirnos, de no levantarnos para encontrarnos con nuestros hermanos, no anunciar el Evangelio, con el ejemplo de nuestras vidas. Para salir de nuestra torpeza, supliquemos

a María que ella nos estimule en nuestra misión de anunciar el Evangelio.

Señor, despiértanos, levántanos para hacer, cada día, tu voluntad.

La Flagelación

“Los soldados le cubrían la cabeza y le preguntaban: ¿Quién te ha pegado?” (Lc 22, 64).

Insultado y golpeado, Jesús, guarda silencio. Él es el “siervo sufriente” anunciado por el profeta Isaías. Nos salva tomando sobre él el peso de los sufrimientos humanos. Lleva su misión de salvación hasta las últimas consecuencias, hasta el sufrimiento que precede a la muerte.

Señor, concédenos la fuerza y el coraje para salir al encuentro del sufrimiento y de cumplir nuestra misión hasta el final.

La Coronación de Espinas

“Y se burlaban de Él, diciendo: ¡Salve, rey de los judíos!” (Mt 27, 29).

Jesús es el Rey del universo, no a la manera de los hombres que se sirven de su poder para saciar sus apetitos. No ha venido para ser servido sino para servir. El es en verdad Rey y hace de nosotros un pueblo de reyes, no para dominar, sino para servir a la humanidad entera.

Señor, que con María aprendamos a servir a nuestros hermanos como Cristo nos ha servido.

Jesús con la Cruz a cuestas

"Los soldados obligaron a Simón de Cirene a cargar la cruz detrás de Jesús" (Lc 23, 26).

Al cargar la cruz, Jesús carga con el pecado, el mal y la violencia del mundo. Como Simón, nosotros nos asociamos a Cristo, "en agonía hasta el fin del mundo". Pero hoy, es la fuerza de la Resurrección la que nos sostiene y nos hace avanzar.

Señor, con María y las otras mujeres que seguían a Jesús, con Simón de Cirene, concédenos la fuerza de superar el sufrimiento de este mundo y llegar a tu Reino.

Jesús muere en la Cruz

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc, 23, 34).

Por su muerte en la cruz, Jesús cumplió con toda la justicia. Su última demanda, es el perdón de sus verdugos. Así, Jesús se rehúsa a prolongar el ciclo infernal de la venganza.

La evangelización del mundo es también el anuncio de que Jesús puede perdonarnos, nos hace salir de la espiral del mal y del pecado. ¿Sabemos anunciar el perdón como una buena noticia?

Señor, con María al pie de la cruz, haznos tener la esperanza de la realización del perdón y de la victoria sobre el mal.

MISTERIOS GLORIOSOS

La Resurrección del Señor

“¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?” (Lc 24, 5)

Resucitando a Jesús de entre los muertos, el Padre confirma la victoria de Cristo sobre la muerte, el último enemigo. Por esta resurrección de Jesús en la que ha sido constituido Señor y Mesías, Dios nos recrea en su Hijo. Nos hace vivir una vida nueva. He aquí lo que somos. Testigos hasta los límites del mundo, comenzando por el lugar donde vivimos.

Señor, Tu has resucitado a Jesús de entre los muertos y nos has hecho en Cristo unas nuevas creaturas. Te damos gracias Haznos testigos de la vida nueva cada día de nuestra vida.

La Ascensión del Señor a los cielos

“Jesús fue llevado al cielo y los discípulos retornaron a Jerusalén llenos de alegría” (Lc 24, 51-52).

“Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”, dijo Jesús. Esto tiene que realizarse. Cristo está con nosotros hasta el fin de los tiempos y nos atrae hacia Él.

Es realizando nuestra misión en el mundo como Jesús nos acerca a Él y Él mismo se acerca hacia nosotros en ese pobre que nos envía a visitar.

Señor, con María, haznos aspirar a los bienes de arriba, visitando a los más pequeños entre nuestros hermanos.

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles

"He aquí que en aquellos días, derramaré mi Espíritu sobre toda carne" (Act 2, 17)

El Espíritu Santo, es el Espíritu de Cristo resucitado. Se ha derramado generosamente sobre todos los seres humanos, de todas las lenguas, culturas y naciones. El está con nosotros cuando hacemos la voluntad de Cristo resucitado de anunciarla a cada hombre en toda circunstancia y a todos los hombres.

Señor, concédenos largamente tu Espíritu Santo, que Él nos acompañe sin cesar en nuestro caminar por el mundo.

La Asunción de María a los cielos

"Levantó a los humildes. Se acordó de su amor" (Lc 1, 52.54).

Jesús resucitado atrae a su madre en su resurrección. María es la primera en haber creído en la misión de salvación de su Hijo y ella es ahora la primera en subir al cielo. Ella prefigura la ruta que nos conduce al Reino con todos nuestros hermanos.

Señor, concédenos la firme esperanza de que con María, caminamos hacia el Reino que viene.

El retorno de Cristo

“Ese Jesús, a quien han visto elevarse para ir al cielo, volverá de la misma manera que lo han visto partir” (Act. 1, 11).

Este mundo pasará, pero la Palabra de Dios no pasará jamás. Y este mundo pasará pues Pascua quiere decir “paso”, para que se cumpla el Reino de los cielos. ¿Deseamos este paso? ¿Queremos apresurarlo? ¿Deseamos el Reino en que Cristo será todo en todos? ¿Anunciamos el Reino como una buena noticia?

¡Señor, haznos tener hambre y sed del Reino donde Tú nos esperas!

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

MEDITACIONES DE SOR MARIE-ANCILLA, O. P.

MISTERIOS GOZOSOS

La Anunciación

“Alégrate, llena de gracia... El que ha de nacer de ti será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 35).

El Hijo de Dios desciende sobre la Virgen María y recibe en ella la hospitalidad a lo largo de nueve meses. Cumple así el designio de amor concebido por el Padre de toda eternidad: Venir y habitar entre los hombres para hacer en ellos su morada.

Oremos por todos aquellos que viven su existencia a la deriva, aquellos que no conocen el amor con el que han sido amados incluso antes de existir.

La Visitación

“Desde el momento en que tu saludo llegó a mis oídos, la creatura saltó de gozo en mi seno” (Lc 1, 43).

El sonido de la voz de María es suficiente para poner a Juan en contacto con Cristo, a quien lleva en su seno. El infante, incapaz entonces de pensar, percibe a Cristo por sus sentidos y exulta de alegría.

Por la mediación de la Virgen María, abre Señor los corazones a tu Palabra, a tu presencia.

La visita de los Magos al recién nacido

“Los Magos encontraron al Niño con María su madre, y postrándose lo adoraron” (Mt 2, 10).

Todo el mundo se agita a causa de un niño, ¿Dónde está? se preguntan; cada uno reacciona según sus propias preocupaciones: Los magos siguen una nueva estrella, los escribas y sumos sacerdotes consultan las escrituras, Herodes teme por su poder. Nadie pone en duda que el Niño sea rey, pero sólo los magos creen y lo adoran.

Que la Virgen María ayude a los enfermos a habitar en la paz, la calma y el silencio de la adoración, lejos de la agitación exterior y de la angustia.

La Presentación de Jesús

“José y María subieron con el Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor” (Lc 2, 22).

Cristo es ofrecido al Padre, Él, que es el Hijo del Padre.

Obedece la ley, Él, que es la salvación.

María ofrece el sacrificio de purificación, Ella, que es completamente pura, sin pecado.

Que la Virgen María nos ayude a ofrecer nuestra vida, a buscar hacer la voluntad de Dios, en el silencio.

El reencuentro con Jesús en el Templo

“¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?” (Lc 2, 49).

Jesús recuerda a sus padres que su relación con el Padre prevalece sobre todo. Sin embargo, es tan semejante a los otros niños, que sus padres no comprenden. Y de regreso de Jerusalén, el será de nuevo sumiso a ellos, y retomará su vida de infante.

Su vida silenciosa en la humildad pone de relieve quién está en el centro de su vida: su relación con el Padre.

Que la Virgen María acompañe a los niños en su crecimiento, en su descubrimiento del Padre que los ama.

MISTERIOS LUMINOSOS

El Bautismo de Jesús

“Después de ser bautizado, Jesús salió del agua” (Mt 3, 16).

Toda nuestra vida esta recapitulada aquí por el bautismo de Cristo; nuestro pecado esta lavado, la salvación nos hace emerger del pecado y se nos abren los cielos. A nuestros ojos, también purificados, se descubre nuestra relación con Dios: somos hijos en Jesús, por el don del Espíritu. La vida trinitaria se vierte sobre nuestro mundo pecador.

Por todos los que se preparan para el bautismo. Que María los conduzca hasta el agua que purificará y hará de su vida una vida filial.

Las bodas de Caná

"Saquen y llévenlo al encargado de la fiesta" (Jn 2, 8).

Jesús está lleno de su Hora. El sabe que vino falta en el convite: su sangre derramada. No puede entregarla ahora, pero da un signo de ello. Transforma el agua en vino de bodas: este es el signo del buen vino que Él da, del amor que lleva a la alegría.

Por todos los hombres de buena voluntad; que el Señor, por la intercesión de María, transforme su búsqueda de la verdad, su deseo de hacer el bien, en vino de amor.

El Anuncio del Reino

"El Reino de Dios es como un hombre que sembró la semilla" (Mt 13, 31).

Jesús anuncia el Reino; siembra su amor sobre los pobres, los enfermos, los pecadores, las prostitutas; y el grano caído en tierra germina y se transforma en una planta. Cuando el amor crece en el corazón, el Reino de Dios está ya en medio de nosotros.

Pidamos al Señor por todos los que no le conocen. Que el grano de su Palabra caiga un día en sus corazones y haga crecer el Reino.

La Transfiguración

"Este es mi Hijo bien amado en quien me complace. ¡Escúchenlo!"
(Mt 17, 5)

"Escúchenlo". ¿Qué es lo que él nos dice? Salgan de sus tumbas, vengan a la vida., Amen a sus enemigos. Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso.

Pidamos al Padre, por intercesión de María, por los que leen la Biblia sin comprenderla. Que les haga un día la gracia de entender la voz de su Hijo y de escucharlo.

La Institución de la Eucaristía

"Tomen y coman, esto es mi cuerpo... Beban, ésta es mi sangre" (Mt 26, 26-28).

Jesús nos da su Cuerpo y su Sangre. Su Cuerpo nutre nuestro cuerpo, su Sangre se mezcla con nuestra sangre. La Eucaristía no nutre solamente nuestro corazón. Domingo

a Domingo, deposita en nuestro cuerpo un germen de resurrección.

Pidamos por los difuntos; que la Eucaristía que les alimentó en la tierra, los conduzca a la resurrección, a la vida.

MISTERIOS DOLOROSOS

La Agonía en el Huerto

“Jesús vino donde sus discípulos y les dijo: Ahora ya pueden dormir y reposar; se aproxima la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado” (Mt 26, 45)

La angustia, la tristeza, el abandono de todos, no conducen al Señor a la desesperación. Todo su ser descansa abierto hacia el Altísimo; pero sus discípulos son débiles y atraídos a lo fácil. El Señor los ama no obstante su debilidad, y abre para ellos, en la espesura de la angustia, un camino de esperanza.

Pidamos al Señor que no nos haga olvidar nuestra promesa de fidelidad, huyendo cuando llegan las dificultades y la angustia.

La Flagelación

“Después de haber hecho flagelar a Jesús, Pilatos lo entregó para ser crucificado” (Mc 15, 15).

El relato presenta el crecimiento del griterío. ¿Por qué el tumulto? Porque se escandaliza de la actitud de aquellos que, violenta e injustamente, han arrestado a un inocente.

Pero si percibo que es por mí que el Señor ha querido aceptar este camino, la rebelión calla y nace la compasión.

Pidamos por los cristianos torturados por su fe. Que la Madre de los dolores les comparta un poco de su compasión.

La Coronación de Espinas

"Cuando terminaron de burlarse de Él, le quitaron el manto púrpura y le pusieron sus vestiduras (Mc 15, 20).

Se burlan de Jesús, se ríen de Él. Pero no comprenden que Él ha venido por amor. En medio de los ultrajes, nos sigue amando. Ha sufrido todo por mis pecados.

Llévanos, Señor, contigo; que tu salvación, tu amor, nos suplan el vacío de nuestra debilidad, el vacío de nuestro pecado.

Jesús lleva la Cruz a cuestas

"Echaron mano de un cierto Simón de Cirene, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús" (Lc 23, 35).

Un extranjero lleva la cruz. No le preguntaron su opinión, no solicitaron su compasión para un condenado; le fue

impuesto como un fardo. Pero lo sepa o no, ese fardo es la cruz del Señor. Sin saberlo, participa en la pasión de amor de Jesús.

Señor, mira el peso que cargan los hombros de los tantos condenados, de tantos despreciados. Hazlo un peso de amor uniéndolo a tu amor.

La Crucifixión y muerte de Jesús

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46).

Las últimas palabras de Jesús se dirigen a su Padre. “Padre”, es para él un grito visceral. Toda su vida está resumida en este grito; su vida y también su misión, su predicación. ¿Que otra cosa podría decir que revelar al Padre?

Padre, cuando la muerte manifieste lo que está unido al corazón de tus hijos, que tu Nombre y el de tu Hijo sea su último grito, te lo pedimos por mediación del nombre de María.

MISTERIOS GLORIOSOS

La Resurrección del Señor

“Los discípulos de Emaús se decían el uno al otro: Con razón nuestro corazón ardía, cuando hablando por el camino, Él nos explicaba las Escrituras” (Lc 24, 32)

Sin saber cómo, los discípulos se encuentran en la Pascua sin atreverse a creer; el Señor está ahí y su corazón arde. Entonces Jesús se retrae a su mirada.

Ahora, de nueva cuenta, el Resucitado se reconoce a través del signo de su Palabra, pero también del pan y del vino, que inflaman nuestro corazón.

Pidamos por todos los cristianos para que conozcan la alegría de la presencia del Resucitado y den testimonio de Él en el mundo.

La Ascensión

"Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

Jesús vuelve al Padre, pero se queda para siempre con nosotros. De ahora en adelante, su presencia no será visible, como en los caminos de Galilea. Por medio del don de su Espíritu está en medio de nosotros, en cada uno de nosotros. Su presencia no se limita ya a un solo lugar.

El ruido y la agitación de nuestro mundo, desvían la atención de la presencia del Resucitado. Que el Espíritu Santo despierte a los jóvenes a esta presencia, fuente de toda fraternidad evangélica.

Pentecostés. La venida del Espíritu Santo

"El Padre les dará un Paráclito que estará con ustedes para siempre"
(Jn 14, 16).

Llenos del Espíritu Santo que les ha sido otorgado, los discípulos se alegran de poder sufrir por el Nombre de Jesús. El sufrimiento no es ya la pesadilla de Getsemaní que trataban de olvidar en el sueño. Ahora saben que Jesús fue crucificado por ellos; y en su alegría, ponen sus propios sufrimientos en los del Señor.

Oremos por todos los enfermos. Que el Espíritu Santo los fortalezca y los conduzca de Getsemaní a la alegría de la Pascua.

La Asunción de María a los cielos

"¿Quién es ésta que aparece como una aurora?" (Cant 6, 10)

María es bella; su luz, como una aurora, anuncia el pleno día. Ella anuncia el día donde, como ella, nosotros seremos semejantes al Señor porque lo veremos cara a cara.

María se alegra por su belleza y su belleza no causa celos, pues es la hermosura del amor.

Pidamos por todos los cristianos que creen en la reencarnación. Que la belleza de María glorificada, abra sus ojos al esplendor que les está prometido.

La coronación de María

"Una mujer, vestida de sol... con una corona de doce estrellas sobre su cabeza" (Ap 12, 1).

María es reina. Su corona, son las doce tribus de Israel que José había visto en sueños como estrellas. La gloria de María que resplandezca la luz de Dios en el corazón del pueblo de Dios.

Pidamos por todos los hombres sin esperanza, enfermos por el miedo a la muerte. Que María sea para ellos la estrella que les muestre la luz de la vida.

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

MEDITACIONES DE FR. DOMINIQUE BARRÉ, O. P.

MISTERIOS GOZOSOS

La Anunciación

"Ojalá escuchen hoy su voz" (Sal 94, 7).

El mundo a entendido que alguien dijo "sí" a Dios. Al Ángel de Dios, María respondió. "¡Sí!"; un sí franco, ferviente, sin rodeos ni marchas atrás. María respondió por nosotros, pobres pecadores, que no podíamos responder a Dios. Y ella ha venido a ser la Madre de Dios y nuestra Madre.

Supliquemos a Dios que no deje de hablar a los hombres que no lo escuchan.

La Visitación

"¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a verme? (Lc 1, 42).

El Señor hizo maravillas en María: ella no hace lo que quiere, hace la obra de Jesucristo, visita a aquellos que lo

necesitan; sirve a los enfermos con la caridad de Jesucristo; en adelante, sólo vivirá de Jesucristo.

Roguemos a Dios que abra el corazón de los hombres que no lo han recibido.

La Natividad

"De noche recuerdo tu Nombre" (Sal 118, 55).

El Dios eterno ha irrumpido en el tiempo. Dios de quien es el poder sin límites, es este pequeño niño. El Dios infinito a quien nada puede contener se encuentra en los brazos de su Madre. María, en la pobreza de su humanidad, ha dado a luz a Dios, Jesús, el Salvador de toda la humanidad.

Imploremos a Dios que salga al encuentro de los hombres que no lo buscan.

La Presentación en el Templo

"Cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él... (Lc 2, 27).

En este día, el Hijo de Dios es ofrecido a su Padre en su Templo. ¿Qué tenemos nosotros para ofrecer a Dios en su Iglesia? ¿Solamente un cirio encendido? Sí, y es el testimonio de nuestra fe: nos recuerda la procesión de la Virgen María, cuando ella, allá en el Templo llevaba en sus brazos a su Hijo, que es la Luz del mundo.

Pidamos a Dios que conceda la gracia de su luz a los hombres que no lo conocen.

El reencuentro con Jesús en el Templo

“¿Han visto acaso al amado de mi alma? (Cant 3, 3).

María creía haber perdido a Jesús cuando enseñaba a los doctores. Pero, ¿y nosotros? Qué vergüenza para nosotros pecadores, quienes después de haber perdido a Jesús por nuestras faltas, no nos apresuramos en ir a buscarlo. A menudo sufrimos poco si lo perdemos.

Supliquemos al Señor que nos conceda atraer a los hombres que se han alejado de Él.

MISTERIOS LUMINOSOS

El Bautismo en el Jordán

“En ti me complazco” (Mc 1, 11).

Jesús ha sido proclamado el Hijo bienamado del Padre, que hace escuchar su voz. El Espíritu, bajo la forma de una paloma, confirma la verdad de este testimonio. La Santísima Trinidad se ha revelado a todo el universo. Y el favor, la benevolencia de Dios a su Hijo se ha extendido a todos los hombres, sus hermanos. La Iglesia llama a todos los que quieren vivir la benevolencia de Dios.

Supliquémos al Señor que nos guarde en la fe de su Hijo.

Las Bodas de Caná

“Tú guardaste hasta ahora el mejor vino” (Jn 2, 10).

El vino de la Antigua Alianza había perdido su gusto y el hombre decaía. Éste de la Nueva Alianza lo ha regenerado. La Nueva Alianza, aquella que nos concierne a todos, nos restituye el gusto de la vida por medio de la gracia. Dios nos concede la vida, y la Iglesia es su signo visible.

Pidamos a Dios que nos conceda el gusto la vida, de su Vida.

El llamado a la conversión

“Soy yo, quien tenía que limpiar tus pecados por el amor de mi Nombre y no recordarlos más” (Is 43, 25).

Los fariseos y ciertamente otros, odiaban a Jesús e intentaban destruir la obra de su Padre. Pero Jesús no interrumpe la obra que el Padre le ha confiado: perdonarnos. Porque Él jamás ha cesado de amarnos.

Roguemos a Dios que nos haga testigos de su misericordia.

La Transfiguración

“Su rostro resplandeció como el sol” (Mt 17, 20).

La vida de seguimiento de Cristo no son solamente combates y pruebas; también es consuelo. Y si del Tabor, donde se transfiguró, es necesario ir al Calvario, del Calvario se regresa al Tabor con Jesús. Es el anticipo del Cielo.

Imploremos a Dios que nos muestre su Rostro.

La Institución de la Eucaristía

“Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1).

El maestro del universo, Dios, se ha humillado por nuestra salvación, al punto de esconderse en una pequeña hostia de pan. Es así, desde esta pequeña hostia que él se revela. He aquí la verdadera grandeza de Dios; es su bondad, su bondad sin igual que nos entrega en su Iglesia.

Supliquemos a Dios que nos guarde en comunión con la Iglesia.

MISTERIOS DOLOROSOS

La Agonía en el Huerto

“En medio del desamparo, oraba del modo más ardiente” (Lc 22, 44).

Pedimos tanto a Dios. Son tan grandes nuestras necesidades. Ahora Jesús sólo pide una cosa, que se haga la

voluntad de su Padre. ¡Sí! Pidamos a Dios, pero no olvidemos jamás unir esta otra oración: “¡Que no se haga mi voluntad sino la tuya!”.

Pidamos a Dios que permanezca con nosotros.

La Flagelación

“Qué más había de hacer por mi viña que no haya hecho por ella?”
(Is 5, 4).

¿Podía Dios darnos algo más que a su Hijo? Y nosotros lo hemos hecho sufrir. Si los sufrimientos tienen sentido, que los sufrimientos de Cristo nos revelen la dureza de nuestro corazón y nos hagan dejar nuestras injusticias con lágrimas de arrepentimiento.

Roguemos a Dios que nos haga lamentar nuestras faltas de amor.

La Coronación de Espinas

“El Hijo del Hombre debe sufrir mucho” (Lc 9, 22).

Aceptar las ocasiones de desprecio y humillación es intolerable. A menos que ellas nos recuerden a Jesús. Con Cristo, estas ocasiones nos hacen entrar en el misterio de su paciencia, en el centro de su caridad, ellas nos hacen soportarlo todo, pues estamos unidos a Cristo.

Imploremos a Dios que nos conceda la fuerza para permanecer unidos a Él.

El Camino de la Cruz

"Si alguien quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo" (Mc 19, 34).

Lejos de pensar en sus sufrimientos, Jesús parece pensar solamente en consolar a aquellos que comparten su dolor. Esta es su sola preocupación, de hecho, es también su única misión. ¿Cómo no dejarnos interpelar a la vista de lo que sufre un Dios por nosotros?

Supliquemos a Dios que cambie nuestro corazón de piedra por un corazón de carne.

La Crucifixión y Muerte de Jesús

"Mi vida nadie me la quita. Yo me ofrezco a mí mismo" (Jn 10, 17).

Sobre la cruz, Jesús ha soportado el mayor abandono. Por eso fue también el momento en que realizó la más grande de todas sus obras, una obra superior a todos los milagros y a todas las maravillas. No busquemos en otra parte, que no ha habido, no hay y no habrá jamás, una obra más grande que ésta.

Pidamos a Dios que nos haga entrar en el misterio de su ofrenda.

MISTERIOS GLORIOSOS

La Resurrección

"Si crees, verás la gloria de Dios" (Jn 1, 14).

Desde esa noche santísima, en que Dios iluminó el mundo con la gloria de la Resurrección de Jesús, las puertas de la eternidad han sido abiertas para los que creen en Él. En esta noche santísima, Dios ha hecho de nosotros sus hijos adoptivos para que seamos testigos de su vida y de su gloria.

Supliquemos a Dios que nos ilumine con su gloria.

La Ascensión

"Ustedes serán mis testigos en Jerusalén y hasta los últimos confines de la tierra" (Act 1, 8).

Si los dones de Dios se adecuaban a nuestras peticiones, estaríamos condenados al inmovilismo y a replegarnos sobre nosotros mismos.

Ahora, Jesús en la gloria de su Padre nos da de volver a ser aquello para que hemos sido hecho en verdad: sus testigos, testigos ardientes y sin fronteras.

Roguemos a Dios que nos llame a su seguimiento.

Pentecostés

"Derramaré sobre ustedes mi Espíritu" (Ez 36, 27).

Dios, y con Él todas las cosas celestes, no puede ser conocidos sino a través del Espíritu Santo. El Señor ha tenido un inmenso amor por el hombre, de tal manera que nos ha donado el conocimiento del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es humildad, paz e integridad.

Pidamos a Dios que nos dé su Espíritu Santo.

La Asunción

"El Señor levanta a los humildes... Cantemos al Señor la acción de gracias" (Sal 146, 7).

Ella es el Santuario de la Divinidad, el Trono de Dios, la Ciudad de Dios, el Templo del Altísimo. Dios ha hecho maravillas en María. La ha hecho una maravilla. Dios ha llenado a María de su Hijo, porque Él la ama. Dios mismo nos quiere llevar también a nosotros a la plenitud de su amor.

Supliquemos a Dios que nos muestre sus maravillas.

La Coronación de la Virgen María

"El Señor da la gracia, Él da la gloria" (Sal 83, 12).

He aquí el término de la gran visión que abrió el Ángel el día de la Anunciación. Un único flujo de amor que ha pasado a través de los misterios de Jesús y de su madre. Nos

recuerda el plan eterno de Dios en vista de nuestra salvación: el principio en la más estricta intimidad, la conclusión en el esplendor de los cielos.

Roguemos a Dios que nos haga conocer a María y amarla.

ÍNDICE

<i>Carta del Padre Provincial</i>	5
<i>Presentación</i>	7

EL ROSARIO. UN ESPACIO POCO CONOCIDO DE CONTEMPLACIÓN

FR. MARCEL DUMONT, O.P.	9
------------------------------	---

MEDITACIONES DE LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

FR. GILLES DANROC, O.P.	23
------------------------------	----

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

SOR MARIE-ANCILLA, O.P.	35
------------------------------	----

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

FR. DOMINIQUE BARRÉ, O.P.	47
--------------------------------	----